
FRUTOS DE UN VOTO NACIONAL

ORACIÓN PRONUNCIADA POR EL DOCTOR JORGE MURCIA RIAÑO EN EL ACTO DE LA COLOCACIÓN DE LA BANDERA COLOMBIANA EN LA CAPILLA DE LAS REVELACIONES DE PARAY-LE-MONTAL, EL DÍA 29 DE JUNIO DE 1928

Excmo. Sr. Ministro de Colombia: (1)

Ilmo. y Rvdmo. Sr.: (2)

Una de las mayores conquistas de la ciencia en los últimos tiempos ha sido la trasmisión de la voz humana, con su acento propio y su modulación perfecta, a través de distancias inconmensurables, sin hilos conductores y con una rapidez que semeja la del pensamiento. Tres factores concurren a la realización de este prodigio: uno, llamado emisor, que con poder insólito lanza a los espacios el sonido vocal; otro, intermedio: las ondas electromagnéticas que reciben el mensaje del hombre y lo llevan de un extremo a otro del mundo; y por fin, un pequeño y a veces insignificante instrumento que es el receptor de aquel mensaje y el encargado de hacerlo perceptible a los atónitos oyentes.

Idéntico es el fenómeno que va a producirse en esta hora solemnisísima. Al otro lado del inmenso océano, una nación cuyo nombre en el consorcio humano es el único que recuerda al genial descubridor de América, se apresta a pronunciar una palabra que es el eco del corazón de un gran pueblo; esa palabra llegará hasta aquí transmitida por las felices ondas sonoras que sois vosotros, amados compatriotas, y el insignificante elemento

(1) Señor General Alfredo Vásquez Cobo.

(2) Monseñor Chaptal, Obispo para los extranjeros y auxiliar del Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de París.

que recogerá esa voz y la hará sensible en este rincón bendito de la Francia soy yo, el menos autorizado de los hijos de Colombia, pero el más apropiado por su pequeñez para hacer resaltar la sonoridad que adquieren los latidos del corazón de un pueblo cuando habla al través del tiempo y del espacio al Corazón de Jesucristo.

Pero no van a resonar aquí solamente los acentos de los actuales moradores del suelo colombiano; de ese suelo favorecido por Dios con todas las fuentes de riqueza que la ambición del hombre pueda codiciar, fantásticos tesoros que ya oculta en sus entrañas con recelo o que ya ostenta como espléndido atavío en sus montes, sus valles y sus pampas; suelo que ofrece a toda hora en sus distintas latitudes todas las variedades y encantos climatéricos, los tipos más diversos y más interesantes de la fauna, la policromía y los mágicos hechizos de una flora primaveral; suelo besado a la vez por dos océanos, acariciado largamente por las aguas de sus majestuosos ríos, adormecido al arrullo de sus aves canoras, caldeado en partes por el ardiente sol del trópico, sombreado en otras por sus erguidas cordilleras o por el tupido ramaje de los gigantes de sus selvas, refrescado por las brisas de los Andes en sus colinas, mesetas y fértiles llanuras, dorado allí como el fondo de un cuadro bizantino por el oro de sus mieses, esmaltado allá como un mosaico veneciano por la gama de sus dehesas y coronado en sus atalayas con penacho perpetuo de blancura.

A la inmensa familia que reside en la patria se unen hoy en espíritu cuantos en toda la sobrehaz de la tierra llevan esa patria en el corazón y a fuer de colombianos de verdad se muestran por su fe dignos herederos de sus antepasados.

Ni es tampoco la Colombia del presente la única que va a hacer oír su voz en este lugar apacible, testigo de las más portentosas revelaciones y de las más íntimas confidencias de un Dios que se lamenta de la ingratitude humana; aquí se va a escuchar también a la Colombia del pasado. Paréceme ver, en efecto, cómo al conjuro de este acto simbólico se conmueven en sus sepulcros las cenizas de nuestros mayores e incorporándose en sus tumbas se levantan para unirse al coro de los vivos las sombras venerandas de nuestros muertos: de los pontífices y campeones de la fe, de los que derramaron su sangre en aras de la libertad de un continente; de los que fundaron o consolidaron la república con el brillo de su espada, con el poderío de su pluma, con el fuego abrasador de su palabra; de los que modelaron la nación y la hicieron grande y respetada con el bñril potente de su inteligencia, a los golpes de sus nobles esfuerzos o en el crisol de una vida sin tacha; de cuantos abrieron ya sus ojos a la luz indeficiente y palparon la verdad de sus creencias y se presentaron ante el trono del Dios-Hombre, a quien reconocieron durante su vida o en cuyos brazos de misericordia se arrojaron en el postrer instante. Una profunda emoción embarga mi espíritu al contemplar esta visión magnífica: es una pléyade de adoradores de Cristo que nos acompaña desde ultratumba a depositar aquí nuestra bandera. En el centro, bajo un lampo de gloria, se descubre centelleante, como iluminada por el sol del Perú, la espada de Bolívar, el Libertador y Padre de la patria, el genio más grande de América que, como el águila imperial, expiró también en una playa «doblegando la cerviz al deshonor del Gólgota,» levántanse igualmente para testimoniar su adhesión a este homenaje, los trofeos de gloria de Nariño y de Ricaurte, de Caldas y Camilo Torres el bastón de mando del «hombre de las

leyes,» el penacho olímpico del mariscal de Ayacucho, la mitra del gran Mosquera, el arzobispo-mártir, la cruz pectoral del ilustre Arbeláz, el primero en nuestra patria que consagró su grey al Corazón de Cristo, el anillo de paz del eminente Paúl y el báculo de pontífice del insigne patriota y venerable pastor que acaba de bajar al sepulcro y que en hora trágica para el país hizo al divino Corazón de Jesús aquel voto nacional que ha sido fuente de concordia y de prosperidad para la República (3); como encinas se yerguen las plumas de nuestros grandes escritores: Groot y Restrepo, Vergara y Vergara, Mariano Ospina, José María Samper y tantos más que así sirvieron a la patria como confesaron la soberanía del Crucificado y defendieron los derechos sacrosantos de su Iglesia; entre esas plumas levantadas en alto, sobresalen, como cedros del Líbano, las majestuosas e inconfundibles de Caro, Cuervo y Suárez:

*«escitores gigantes,
orgullo de la tierra colombiana,
émulos de Granada y de Cervantes,
príncipes de la lengua castellana» (4)*

que fueron también tres humildes vasallos de Aquel que no dejó al mundo página alguna escrita con su diestra, porque grabó su pensamiento en las almas con sangre de su Corazón; entre la falange de oradores que en la cátedra sagrada o en la tribuna rindieron el más fervido homenaje al que es la Palabra sustancial y eterna, se destacan las figuras proceras de Carlos Cortés Lee y Hernando Holguín y Caro, nombres ilustres que pasarán a la historia unidos al recuerdo de la patria de Bossuet y Luis Veuillot, dado que el primero acaba de cerrar sus ojos en la capital de Francia, en cuyo seno

(3) Ilmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. Bernardo Herrera Restrepo.

(4) Gil Soriano.

esperarán sus cenizas la voz de la resurrección, y ya que el segundo representó a Colombia ante esta nación nobilísima en la que dejó su doble huella de fino diplomático y de ejemplar creyente; luciendo como estrellas, según el oráculo divino, por haber conducido a muchos por la vía de la justicia que no es otra que la trazada por Jesús, aparecen Ricardo Carrasquilla y Sergio Arboleda, Concha, Martínez Silva y Víctor Mallarino, maestros que enseñaron con la palabra y el ejemplo a adorar a Cristo y servir a la patria educadores integrales que iluminaron la mente y formaron el corazón de la juventud; más allá agítanse las liras eólicas de Pombo y de Arboleda, de Ortiz y Eusebio Caro, de Fallon y Gutiérrez González, y todos los que forman la legión de nuestros vates cristianísimos parecen disputarse el honor de cantar en este día el himno de triunfo al Cordero inmaculado; ostentando el pincel y la paleta y como recatados en un celaje iridiscente muéstranse Páramo y Garay, mientras un coro de ángeles repiten las sublimes sinfonías de Umaña y de Quevedo; y completando esta fantástica visión de los que ya partieron para la eternidad, al lado de los grandes, como en un cuadro rafaelesco, se ve la turba inmensa de los pequeños, de las almas sencillas, de los obreros y los pobres, de los maltrechos de la suerte, de los que sufrieron hambres y humillaciones, de los preferidos del divino Artesano de Nazaret, y sobre esa turba que cesó ya de llorar y de sufrir, me parece ver, como arrobado en un éxtasis de amor y arropándolos a todos con su inmenso manto de ternura, al anciano aquel que tuvo como su padre San Francisco:

*«alma de querube,
corazón de lís» (5),*

(5) Rubén Darío.



y a quien la capital de la República, huérfana con su irreparable partida, va a erigirle un monumento con que quiere soñar que no lo ha perdido, mientras llega la hora que esperamos de ver su dulce imagen en el altar de los santos.

Tal es, señores, toda la familia colombiana que a una voz y como un solo hombre va a hablar al Corazón de su Monarca, mientras su digno y cristiano representante, que ha querido aprestigar este acto con su presencia y el Ilmo. Sr. Obispo de los extranjeros residentes en París, alma y nervio de esta peregrinación, acompañados por nosotros, deponen el pabellón de la república en este santuario escogido por Jesús para descender en él el último velo de aquel «misterio de amor escondido desde toda la eternidad en el seno del Altísimo» (6).

Hábla, pues, oh Patria!

—Hijo del Eterno, Verbo de Dios encarnado en el seno de una Virgen sin mancha, Redentor del linaje de Adán, Vencedor del dominio de la muerte, Legislador supremo del mundo, Príncipe de la paz, Eje y Centro del universo, Alfa y Omega de la historia, Rey invisible e inmortal de los siglos..... SALVE!

Llena de la más profunda emoción quiero que resuene mi palabra al través de los mares en el cenáculo de tus inefables revelaciones para recordarte cómo ha sido el amor que te he profesado desde la alborada de mi vida independiente, hace ya más de una centuria; para renovarte mi acción de gracias por tus infinitos favores, y para pedirte una vez más sigas cumpliendo en mí tu solemne promesa de bendecir con particulares dones las familias y los pueblos que reconocen y acatan la soberanía dulcísima de tu Sagrado Corazón.

(6) Ephes. III, 9.

Acuérdate, Señor, cómo en efecto, tu nombre sacrosanto fue el encabezamiento y el sello augusto que puse al acta declaratoria de mi mayor edad y de mi autonomía política.

Acuérdate cómo en este siglo y medio de mi historia, a pesar de las nubes siniestras que oscurecieron en ocasiones mi límpido cielo y no obstante los conatos de los enemigos de tu nombre para que yo renegara de tu ley y desconociera tus derechos, no he cesado de prostrarme a tus plantas para adorarte como a único verdadero Dios y para rendirte el acatamiento que te es debido como a Rey y Señor de todas las naciones.

Acuérdate cómo hace ya cerca de nueve lustros que en mi carta fundamental eres reconocido como suprema fuente de donde dimana toda autoridad y todo derecho y es proclamada tu doctrina «esencial elemento del orden social».

Tú que lloraste ante la ingrata Sión que no quiso arrojarse con tus alas; Tú que gemiste ante los estragos de la muerte, acuérdate de mis días de luto y de suprema desolación cuando sólo escombros, devastación y sangre tuve ante mis ojos y cuando inconsolable lloré sobre las tumbas de mis hijos, muertos en luchas fratricidas.

Acuérdate también cómo hace justamente un cuarto de siglo que en medio de la mayor hecatombe que registran mis anales, volví a Ti mis ojos implorando aquel don que es prerrogativa tuya: la PAZ, fuente de todo bien para los individuos y los pueblos; la PAZ «el supremo anhelo de todos los mortales,» según la bella expresión de la Escritura (7).

Acuérdate cómo el varón ilustre que se llamó José Manuel Marroquín y que regia entonces mis destinos,

(7) Esther XIII, 2.



interpretando mi voluntad y en representación del Estado, se asoció en forma explícita (8) al acto con que el venerable primado a nombre de la Iglesia colombiana, te hizo el voto solemne de erigirte en mi ciudad capital, que es como decir en mi propio corazón, un templo dedicado a recordar a las futuras generaciones mi amor inquebrantable a tu Corazón divino y la dádiva implorada con ese acto y que no tardaste en otorgarme: el ósculo de paz entre mis hijos.

Acuérdate, oh Jesús! cómo por medio de una ley de imperecedera memoria (9), dictada por el supremo poder legislativo, genuino intérprete de la conciencia nacional, me consagré a Ti oficialmente y di con ello al mundo un ejemplo solemnisimo que ya ha tenido por fortuna imitadores en otros pueblos cultos de la tierra (10).

El inmediato sucesor del gobernante que sancionó esa ley, fue brazo fuerte que apagó los últimos rescoldos de la hoguera y a la vez paladín el más constante de la concordia entre los colombianos (11). En el dinámico impulso que quiso darme, pudo cometer errores, como que era de la estirpe de Adán, pero a fuer de gran patriota y de cristiano sin miedo, tanto en la próspera como en la adversa fortuna, mantuvo siempre en alto mi bandera y en su agitada vida de hombre público no se avergonzó jamás de confesarte y expiró dando solemne testimonio de su ardiente fe y de su profundo amor a Ti. La piedad cristiana de uno y otro mandatario se conserva todavía como savia vital en los herederos de su sangre: así lo proclaman hoy la presencia de ilustres hijos y nietos suyos ante el altar de

(8) Decreto N.º 1.095 de 1902.

(9) Ley 62 de 1902.

(10) España, Brasil, Bolivia, Polonia, Costa Rica, Nicaragua, San Salvador, la Isla de Malta y otros.

(11) Excmo. Sr. Gral. Rafael Reyes.

tus consoladoras promesas y el celo desplegado por ellos para que este acto revistiera el carácter de un verdadero homenaje nacional (12).

Acuérdate también oh Hijo del Eterno! cómo todos los timoneles que han seguido conduciendo mi nave hasta el presente han sido adoradores tuyos y te han rendido vasallaje, al igual que en su vida privada en sus actuaciones públicas (13). Timbre de orgullo es para mí, y motivo de singular consuelo para tu Corazón, el recordar cómo durante aquella explosión de amor que fue mi primer congreso eucarístico, los eximios oradores que cantaron tus alabanzas en la más pura lengua de Castilla, han sido, casi todos precisamente los mismos que han llevado más tarde sobre su pecho el tricolor de la República.

Acuérdate, Salvador divino, cómo en toda la extensión de mi territorio se te rinde cariñoso homenaje de amor y de reparación; cómo se celebra con sin igual pompa tu fiesta en todos mis centros habitados y principalmente en mi capital, debido al celo que despliega la congregación que ostenta tu mismo nombre; cómo te acompañan y consuelan en tus sagrarios las almas que forman el ejército de la *Adoración reparadora*; cómo extiende tu reino esa legión de amantes tuyos que se llama *Apostolado de la oración*; cómo ves todos los días acercarse a tu mesa millares de almas sedientas de tu

(12) El presbítero Luis Rubio Marroquín, las señoras Inés Marroquín de Vargas, Sofía Reyes de Valenzuela, Amalia Reyes de Holguín, Nina Reyes de Valenzuela; señoritas Sofía y María Teresa Valenzuela Reyes, Amalia, J. Beatriz Holguín Reyes, y señor José María Valenzuela Reyes.

(13) Excmos. Sres. Jorge Holguín, Ramón González Valencia, Carlos E. Restrepo, José Vicente Concha, Marco Fidel Suárez, Pedro Nel Ospina y Miguel Abadía Méndez.

amor infinito; cómo se frecuentan los templos donde estás cotidianamente expuesto, y qué esplendor revisten las solemnidades eucarísticas que parecen ser las más caras al corazón de los colombianos.

Acuérdate, Amigo de Betania, cómo esa *Cruzada de la Entronización* de tu imagen adórbale ha realizado el prodigio de verte presidir, casi en su totalidad, los palacios de gobierno, los tribunales, las escuelas y las casas de familia desde las mansiones opulentas hasta los más infelices tugurios. Acuérdate cómo esa misma Obra ha establecido la comunión a los enfermos los primeros viernes y la *Hora santa* en que se te hace amorosa compañía en la noche que precede mensualmente al día de especial reparación que Tú mismo escogiste; cómo siembra el amor a Ti en los corazones de los niños por medio del *Apostolado infantil*, y cómo ha conseguido, mediante esa otra creación del apóstol mundial de tu Corazón adorable (14), el que los seres que sufren, principalmente en los asilos del dolor te ofrezcan sus padecimientos para obtener tu reinado social (15).

Y acuérdate por fin de aquella escena conmovedora y sublime que debieron contemplar extáticos los ángeles, cuando al conmemorarse hace pocos meses (16) el primer cuarto de siglo de la paz venturosa con que tú respondiste a mi *voto nacional*, bajo la bóveda augusta de ese templo levantado ya a la gloria de tu Corazón con el concurso unánime de todo mi pueblo, el preclaro varón que hoy ocupa el solio de Bolívar, postrado ante el ara santa donde estabas Tú, oculto bajo los velos eucarísticos, y en presencia del Nuncio de tu Vicario

(14) El R. P. Mateo Crawley-Boevey, SS. CC., peruano, fundador de la obra de la Entronización.

(15) El Secretariado Nacional de la *Entronización del Corazón de Jesús en los hogares* funciona como Sección la *Liga de Damas Católicas Colombianas*.

en la tierra, de todo el episcopado colombiano, del clero secular y regular, de todos los representantes del poder civil y de una inmensa multitud que lo contemplaba con respeto y hondamente conmovida, repitió con voz clara y sonora el acto de mi consagración a Ti, Jesús de Nazareth, y la protesta ante el mundo de que Tú eres, has sido y serás siempre mi Dios y mi Señor, mi único Rey, el Autor de mi grandeza, el Dueño soberano de mis hogares, mi Tesoro, mi Amor, mi Gloria y mi Esperanza!

Pero esta conducta mía, tan imperfecta aún y tan menguada, en relación con lo que Tú mereces, bastó para que me abrieras de par en par tus brazos de misericordia y perdonaras los muchos extravíos de mis hijos y las ofensas que te han irrogado en el curso de estos mismos años; y con largueza toda tuya correspondiste a mis pobres ofrendas, pues con el reconocimiento oficial de tu soberanía coincidió el inicio de una nueva etapa de mi historia: la era de la paz firme, del pujante desarrollo, de la prosperidad y bienandanza.

El lema del escudo que ostenta ese pabellón que va a quedar como trofeo de gloria y como voz de reconocimiento ante tu trono, de amor, sintetiza los inmensos beneficios que de Ti he recibido: LIBERTAD Y ORDEN, los mayores tesoros de una nación civilizada.

«Donde sopla tu Espíritu, ha dicho el grande Apóstol, allí impera la libertad» (17). Reinando Tú, en mi suelo me has convertido en un ejemplo para los pueblos todos del orbe, pues sin contar aquellos espíritus menguados que no ven en mí más que llagas y miserias, por confesión de jueces imparciales, aun de los más exigentes, soy *el país de la libertad* y no hay otro que me

(16) El 30 de octubre de 1927, fiesta de Cristo Rey.

(17) 2 Cor. III, 17.

supere en garantas para el sosegado vivir, la franca exposición del pensamiento y el amplio desarrollo de toda iniciativa (18).

«El mundo, escribió un célebre convertido, busca hoy la paz más que la libertad; pero no hay paz segura sino bajo el yugo de Cristo» (19). Ese otro anhelo de la humanidad, ese otro tesoro que se llama la paz y que según san Agustín no es otra cosa que «la tranquilidad del orden,» lo poseo también, debido a que puedo decirte con san Pablo: «Tú eres mi paz» (20); porque en medio de esta noche social quiero ir en pos de Ti que eres el camino, la verdad y la vida, porque quiero trocar siempre el yugo agobiador de las pasiones por el tuyo que es suave y llevadero.

De un elocuente orador contemporáneo. orgullo de la cátedra de Notre-Dame, son estas palabras: «Estudat día por día nuestra vida pública y os convenceréis de que la prueba es evidente: Jesucristo en medio de nosotros, Jesucristo amado y adorado significa la paz en nuestro suelo; Jesucristo rechazado, blasfemado, maldecido, equivale a la discordia que impera con todos sus frutos de muerte» (21). Hasta hoy, en efecto, se han cumplido a la letra los oráculos de Isaías y de David cuando dijeron que «no habrá paz para los impíos (22), sean individuos o pueblos, y que, en cambio, «los que te reconocen y te aman gozarán de una paz

(18) «*El País de la Libertad.*» «No hay que buscarlo en el mapa como lugar privilegiado y escondido. Vivimos en él. Es el nuestro.» L. E. Nieto Caballero, escritor y crítico liberal colombiano. *El Gráfico*, mayo 19 de 1928.

(19) Giovanni Papini: *Storia di Cristo*.

(20) Ephes, II, 14.

(21) R. P. Janvier O. P.: *La Paix et le Sacré-Coeur*, v. *L'Action Catholique*, p. 337.

(22) Isaías. XLVIII, 22.

estable y duradera» (23). Así lo ha recordado en términos precisos y elocuentes el representante actual de tu Persona al decirle a la humanidad que en vano querrá hallar la paz si no busca la tuya en el reconocimiento de tu reinado. «Pax Christi in regno Christi» (24).

De ahí que un ilustre escritor haya podido decir hace poco, desde una de las tribunas más autorizadas de la prensa francesa: «Colombia persigue victoriosa su porvenir magnífico. Por virtud de una paz no turbada, ese país vive alejado de nuestros rencores, de nuestras locuras y de nuestras infamias, y fuerte y joven es un ejemplo admirable para esta pobre Europa convaleciente y gastada» (25).

A nadie, pues, debe extrañar el hecho de que en la misma ocasión en que el Presidente de Colombia reiteró mi consagración a Ti, pudiera yo escuchar de labios de un digno representante tuyo estas consoladoras palabras: «Oh patria! Los pastores que apacientan dentro de tus fronteras el rebaño de Cristo hemos venido a decirte al oído y al corazón, que hay paz en toda la inmensa extensión de tus dominios: desde Santa Marta, donde empezó la jerarquía católica en tu suelo; desde Cartagena, la ciudad heroica que guarda las venerandas reliquias de san Pedro Claver; desde la Goajira, donde los hijos de Francisco realizan el doble portento de enseñar la fe cristiana y forman el sentimiento patrio, hasta el último río que no seca sus aguas para mantener intocable y vivo tu derecho en el Putumayo, el Caquetá y el Amazonas; desde el Golfo de Urabá hasta el Arauca, el Sarare, el Meta, el Guaviare y el Vaupés; desde el noble y franco pueblo de San-

(23) Psal. CXVIII, 165.

(24) Encíclica de Pío XI, UBI ARCANO DEI CONSILIO—v. el luminoso comentario del R. P. J. Dargent.

(25) Gaston Fleury, *Le Figaro*, 14 de marzo de 1928.

tander hasta el suelo glorioso de Pasto y Popayán; en Antioquia, la tierra de la fe y del trabajo; en el Valle del Cauca, donde se abre digno camino a tu entrada en el Océano de Balboa; en Caldas, donde está la escuela de la lucha y del esfuerzo; en Boyacá, donde se guarda el campo y la raza de tu epopeya y el Santuario de tu Reina Nuestra Señora de Chiquinquirá; en el Tolima y el Huila, donde tienes las reservas de tu opulencia; en Cundinamarca, donde está el símbolo y el corazón de tu grandeza; en tu cielo, en todos tus ríos, tus islas y tus mares hay paz, oh patria! Bendice, pues a Dios y reconoce que ello es un regalo de su mano y es la respuesta a tu plegaria» (26).

Sí, Señor! exclamaré con el Profeta: «Alábenle los pueblos todos de la tierra porque has confirmado en mí tu gran misericordia y porque tu palabra de verdad permanece eternamente» (27); y pondré fin a mi oración con esta súplica de uno de mis ilustres gobernantes: «Oh Dios de amor y de poder! da tus pies a los colombianos que queremos llorar sobre tus llagas los errores pasados; de las llagas de tus manos derráma óleo divino sobre las heridas de este pueblo; y en la llaga de tu corazón guaréce las generaciones inocentes. No permitas que ningún colombiano jure sumisión a los enemigos de tu nombre. Al darte en comunión eucarística, tus sacerdotes repiten miles y miles de veces que eres el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo y lo pacífica, consérvanos, pues, la paz, la paz que es dón tuyo y prenda de civilización terrenal y de eternal ventura» (28).

(26) Ilmo. Sr. Joaquín García Benítez, Obispo de Santa Marta.

(27) Psal. CXVI.

(28) Marco Fidel Suárez. Oración pronunciada en la segunda asamblea general del primer congreso eucarístico nacional que tuvo lugar en Bogotá, septiembre de 1923.

Señores: nuestra patria ha hablado ya al Corazón de Jesucristo. Los que hemos tenido la inefable dicha de ser los portavoces de nuestra madre, seremos también los mensajeros de la respuesta que Jesús va a dar a Colombia, al hablar dulcemente al oído de nuestras almas. Pero antes de abandonar este sitio que en su modestia y sencillez parece conservar el eco de las palpitaciones amorosas del Corazón de Jesús y que guarda, con el sepulcro, el aroma de santidad de la que fue su confidente, permitidme que os señale una extraña coincidencia. El año de 1685, santa Margarita María de Alacoque, tras la lucha incesante que hubo de sostener para ver aceptada la devoción de que fue pregonera, comenzó por fin a ver realizados sus anhelos. Desempeñaba a la sazón el cargo de maestra de novicias en este convento, y el día de su onomástico, sus súbditas quisieron obsequiarla con un acto que iba a arrebatarse su espíritu, vibrante de amor. Ante un sencillo altar donde se había colocado, en medio de luces y de flores, la imagen del Sagrado Corazón, las novicias acompañadas por su maestra hacen la primera consagración colectiva de sus almas a su adorado Esposo. Ese acto tan sencillo, pero al mismo tiempo tan trascendental, que vino a ser, como lo anota un ilustre escritor (29) la primera y más ferviente entronización del Rey de amor, ¿sabéis en qué día se efectuó? Pues el 20 de julio, el mismo día de nuestra patria.

La feliz coincidencia de la fiesta onomástica de Margarita María con la fecha de nuestra glorificación nacional, y de la primera consagración a Cristo Rey con el día natalicio de la llamada justamente *República del Corazón de Jesús*, no indicará quizás que una gloriosa

(29) A. Hamon, docteur és, lettres, lauréat de l'Académie française: Sainte Marguerite-Marie-Sa vie intime, p. 196.

misión está llamada a desempeñar nuestra patria en el suelo americano, que es donde reside el porvenir de la humanidad? Dios escogió en otro tiempo un pueblo pequenísimo para que fuera el depositario de su revelación y de su ley; a un puñado de pescadores de la Galilea encomendó la evangelización del Oriente y del Occidente; a la nación española le dio más tarde el encargo de ser el portaestandarte de la civilización cristiana en el nuevo mundo; de la Francia de Luis XIV quiso también servirse el Señor para altísimos fines como se lo comunicó a la vidente de Paray-le-Monial (30). Quién sabe, pues, si la nación cuya bandera va a quedar como lámpara votiva en este santuario, desde el día solemne del Príncipe de los apóstoles, no va a ser también el pueblo escogido por Dios para que cual faro resplandeciente señale al mundo, en medio de pavorosos cataclismos, la verdadera senda de la *libertad* y de la *paz*!

(30) A. Hamon.—Le Message du Sacré-Coeur à Louis XIV, à la France. Etude historique et critique.

